Los Libros

"Fuegos y ceremonias", último libro de *Rosamel del Valle*

Todo ha salido de nuestro ser para que sea resplandeciente la alegría.—R. del V.

Antes de realizar un análisis exhaustivo de esta obra incomparable de la poesía chilena —que me propongo hacer un día con la debida calma y precisión— quiero celebrar sus riquezas profundas, su lucidez y rigor implacables, su pasión por sondear en las fuentes primordiales de la inspiración poética y su afán por identificar el mito de la poesía con una imagen del hombre y un sentido de la existencia. Quiero especialmente llamar la atención de los jóvenes hacia este creador ejemplar, jamás blando ni sedante, siempre paciente y heroico, que durante largos años de meditación, sustraído al aplauso y al halago, ha laborado con autenticidad y con verdadero ascetismo. Si su poesía no es tan fácil ni despejada como algunos quisieran, si casi siempre se cumple en adivinaciones y vivencias ¿cómo eludir sus maravillosos dones y sus sorprendentes hallazgos sin caer en una lamentable mezquindad?

La poesía de Rosamel del Valle, a lo largo de todos sus libros, es un progreso y una maduración dentro de su propio misterio. Más que leerle fortuitamente un poema o dejarnos deslumbrar por fragmentos erizados de relámpagos, debemos apreciar la totalidad de su obra, las grandes líneas de su concepción central y

Atenea Nº 339-340 (Concepción)
Sept. Oct. 1953

el ahondamiento dramático de sus motivos. Lo poético primordial que aquí nos inunda sin tregua, no puede impedirnos reconocer la intencionalidad de sus leyes y la insistencia en el planteamiento de sus problemas espirituales. Podría afirmar que aquí no hay nada casual y que aun la espontaneidad y la imprevista fulguración de sus imágenes, corresponden al despliegue de su *ethos*. Reconozco las dificultades de una lectura perezosa. En verdad nos encontramos con un poeta especialmente dotado no sólo para trasladar la cosa, el suceso o la emoción al símbolo sino para trastrocar a su vez dicho símbolo en otro más decidor, para volcar el contenido en la figura sustitutiva y ésta en el puro signo y todo en trabazones y conexiones de la más singular efectividad. Pero esta constante metamorfosis no responde a la gratitud del juego estético sino a la despiadada decantación de su experiencia personal, a la sujeción expresiva, a su conflicto que arranca de causas emotivas y que sólo puede resolverse en un sistema de referencias alegóricas, por instinto de belleza poética y ambición de entregarnos lo indecible. Ya el título de esta obra nos da un indicio simbólico de la dirección de su poética: el hombre prometeico que conquista el fuego o el hombre órfico que se envuelve en llamas, arrebata poderes contradictorios que lo arrastran a una tremenda aventura, a la esclavitud o al dominio, a la destrucción o al equilibrio, a la fatalidad o al deber. Para salvarse requiere exorcismos, para conjurar la violencia de fuerzas desatadas es preciso que afine su voluntad, efectúe una ceremonia de transfiguración y reconciliación, y trueque en oro la tiniebla y en mundo el caos. Pero toda esta operación de tipo ritualista se trasluce en una forma mítica. Rosamel del Valle es uno de los poetas actuales que ofrece un mayor grado de exaltación mítica. Lejos de su austero estro están el ingenio o la exhibición sensual de una facilidad poética o el escarceo de la fantasía alocada. Aquí nos encontramos con una plasmación poética muy desarrollada y de abundante interpretabilidad. Me duele pensar que la negligencia o el susto ante lo arduo, puedan sesgar la plenitud de este documento humano en que se manifiesta con tanta altura el apor-

te que da la poesía como procedimiento exploratorio del alma del hombre de nuestra época y, a la vez, como renovadora de sus eternos símbolos.

("Un ardor. La escritura del sol sobre las aguas. — El mar arroja sus huesos a la arena, que es un — marfil en resplandor para los náufragos. — Este sueño ha crecido vestido de espumas — al través de la catedral profunda donde el órgano — descifra la imagen ebria de lo que nos sigue. — Es verdad que oímos sin oír. — Algunas visiones — nos estorban el gozo. — Unas cuantas palabras — nos queman la boca. Y sigue — el cazador con el sol enjaulado"). ("Océano", pág. 29).

Los descubrimientos de este artista en el dominio de la imaginación mítica y simbólica, la captación de su fondo anímico hasta vislumbrar los arquetipos, la seducción de su lenguaje terriblemente condensado y encendido, la presencia del hombre permanentemente en diálogo con sus potencias ocultas como igualmente con el mundo y sus semejantes, revelan que su preocupación es alcanzar una belleza menos exquisita, pero más intensa, como a la vez un sentimiento moral fundado en la necesidad del más revolucionario humanismo. A menudo captamos en su poesía la respiración entrecortada del hombre conflictivo, caído en la desintegración, dotado para escarbar lo elemental de su conciencia hasta la llaga, insatisfecho por las disonancias de lo real; pero nunca dominado por la tentación satánica sino por la angustia de realizar sus valores humanos aunque sobre su vida se ciernan constantes amenazas. Sufre y se regocija con su sed de ser más y más humanamente, por salir fiador de toda fuerza viviente y alcanzar en verdad el sentido de la tierra sin despojarla de su velo misterioso, descubriendo el círculo espeso y nublado en que se mueve actualmente el hombre y afirmando las bases de su grandeza y de su misión sin más ayuda que aquella que arranque de sí mismo. Su empeño por delatar y exaltar todas nuestras potencias humanas es tan grande, que la poesía de Rosamel del Valle deviene una verdadera ciencia simbólica y ritual de la realidad humana, una des-

esperada tentativa por iluminar nuestras partes en sombra, no para alcanzar una beatitud contemplativa, sino para descargar sobre el hombre mayor responsabilidad frente a su ser al descubierto.

("Yo soy. Tú eres. Seamos. Yo pongo una piedra cálida — junto al plato en mi mesa. "Por un hilo de vidrio — vuelve el hombre a la tierra". Sí, el himno. — Esas columnas en el centro del bosque. — Esas arañas enredadas en los cirios. — Esa hierba en permanente discurso"... "Nosotros mismos no somos — lo que vive rehuyéndose? Hasta el sol — es el sueño de Penélope en nuestros párpados. — Tal vez podríamos imitar a la araña. Pero el mundo — levanta los gemidos y allí estamos — con las manos al revés"). ("Discurso en el foso de los leones", pág. 86).

Me atrevo a decir que su móvil es esencialmente órfico, no fuga sino por el contrario, atracción al vértice extremo. No se eleva al cielo platónico sino que desciende al infierno de las dudas, desvelos, frustraciones y ansiedades. Sus llaves son oníricas y su ojo cruel y desmesurado abarca al hombre tanto en su plazo temporal y en su sitio terrestre como más allá de su origen y en medio de su muerte. Defiende la misión de Orfeo y expresa su desencanto ante las fáciles soluciones para escamotear el abismo. ("Qué oído se atreverá a venir a mi oído y a mi máscara ahora que voy de paso por hoyos ardientes? Dirán —"va con los ojos atravesados por tijeras"). ("Los ojos del laberinto", pág. 10). ("No creamos demasiado en el confort celeste que nos prometen"). ("Orfeo en la ciudad más irreal", pág. 14). Ansía ardientemente salir de sus claustros y lograr el auténtico diálogo entre los hombres; pero con amor claravidente distingue entre la comunicación ficticia y la comunicación real. ("No sabemos — de qué se alimenta el lenguaje que nos divide. — No sabemos partir. No sabemos. No sabemos donde canta el pájaro que no vemos volar. No — sabemos en qué lengua da el sol los buenos días"). ("Conversaciones", pág. 18). La superación de su soliloquio puede observarse en la evolución de su estilo. En otros libros su poesía mana de una lejana fuente íntima, mana in-

interrumpidamente con gracia musical y encanto puramente inspirativo. Aquí su poesía se torna más dramática, como si estuviera en el centro de una situación teatral, palpando en los rostros las máscaras y en las máscaras los rostros y pregunta y contesta y cita y define sin ninguna ambigüedad sino con intención estricta. Ha detenido el juego del azar y sus metáforas y símbolos y personajes se agitan en razón directa de un designio indubitable. No teme deslizar anotaciones del lenguaje corriente, jirones de la diaria conversación. Pero estas singulares expresiones de cuño que alguien llamaría realista, brotan contrastadas, súbitas, extrañas; es decir, son comunes y, al mismo tiempo, parece que fueran registradas por primera vez, como extraídas de otro mundo, aunque suceden a nuestro lado. Sin anular la vida común, la penetra hasta poetizarla. A menudo, y con verdadero acierto, mitiga lo grave con lo irónico. No extiende los elementos líricos hasta la abstracción sino más bien los resuelve en la situación y aun en el personaje. Estimo que Rosamel del Valle, con un paso más, podría traspasar el umbral del ansiado teatro poético y simbólico que todavía los poetas chilenos no hemos sido capaces de alcanzar y que significaría una verdadera integración de tanto canto solitario.

("Por qué cantar así el amor?" pregunta Mr. Apterman — en el jardín. Y escribe sobre la hoja de un magnolio — "Mrs. Apterman, en mi libro de cheques hay un árbol de hojas de oro. Es mi corazón para ti antes de ahora. — Porque has perdido el brillo, querida...."). ("Un canto de amor para el corazón", pág. 34).

Su extraordinaria aptitud visionaria lo predispone a vencer los límites de lo real y acoger imágenes demudantes, ecos, visitaciones, parentescos vedados entre las cosas y los seres. Pero el hombre de carne y hueso siempre palpita en sus poemas y las figuras y sucesos naturales resaltan nítidas sobre un fondo fantasmagórico de acuario febril. Lo real cotidiano aparece en una sucesión quebrada, refractada, pero intensa, con un orden que no es lógico racional sino dictado por la sensibilidad poética al igual que ciertas imágenes cinematográficas arrojadas con violencia que pueden desconcertar-

nos, pero que nos comunican una mayor impresión de realidad profunda, sumiéndonos hasta las raíces de cada apariencia. Es difícil encontrar una conciencia poética de más largas y fibrosas antenas para captar la espontánea interioridad del hombre como también su directa inserción en el drama de la existencia real. Cada visión recóndita se alía con una alusión al mundo y cada evocación de una experiencia concreta despierta la emoción de una belleza simbólica. A las imágenes que registran la presencia obsesiva de ritmos y tensiones de la personalidad, corresponden inmediatamente representaciones positivas. Hay una apertura tan enorme de la enfocación simultánea sobre lo que está dentro y fuera del poeta, que la entrega al tumulto de visiones habría justificado la disociación y el arbitrio. No obstante se observa a cada paso el rechazo de todo lo vago y huidizo y el lúcido empeño de dar nada más que zumos, perfiles fuertemente afincados, consistencias, relieves en varios planos a la vez. Por esa obstinación de marcarlo todo con un sello firme, podríamos encontrar en esta obra más sustantivos que adjetivos y aun aquellos abstractos son forjados con ceñida concreción. ("Y bien quién llevaba mi mano? quién me dejó ir — por esa noche de enredados silbidos? — "El mar lava sus huesos", me dije. Y por mí — pasó el tiempo en un himno"). ("Fuego en las colinas de un país lejano", pág. 80). Aquí no hay elocuencia ni poesía discursiva ni aparente accesibilidad ni entrega a los excesos de un fácil irracionalismo. Hay, eso sí, una estructuración abrupta, que exige más que el frío esfuerzo comprensivo, la amorosa familiaridad. Pero todo es inteligible, inequívoco. Hay un proceso poético regido por una técnica maestra de transmutación de imágenes, ideas, intuiciones, combinadas esencialmente por la imaginación creadora y presentadas con una rica plasticidad y un brillante poder visual. Y por sobre todo hay un canto que brota más digno y puro mientras más tormento y oscuridad el poeta encuentra en sus descensos. Porque Rosamel del Valle no rehuye el dolor y a menudo su voz brota insomne, desolada, como si sostener por largo tiempo una visión del ser despertara el contacto con la muerte. Poesía noc-

turna por excelencia, traspasada por rayos del mediodía; poesía como un blanco misterioso tendido a tantas flechas perdidas, clave para comunicar al alma de golpe toda la trama, toda la exaltación de una energía viviente que el poeta expresa a menudo con melancolía, pero también con esperanza. Poesía fáustica que no serpentea, sin embargo, en la médula del ser ni gime tapiada en la subjetividad sino que obtiene su mensaje y su liberación en aquella emoción tan propia de nuestra época de determinar al hombre por su destino común conservando su propio intransferible secreto.

("En mi carro envejecido — arde el tulipán solitario, la manzana salada, el sol — que nos sigue. De abismo en abismo. Yo soy el que adora lo que perturba . . .). ("Celebración", pág. 120).

Con un poema del libro que señalo me he atrevido a hacer el siguiente ejercicio: lo he sometido a las categorías de un análisis racional inflexible llegando casi a despoetizar el contenido, desanudando las imágenes y las ideas hasta aprehender lógicamente, en la medida que esto es posible con una criatura poética, las diversas significaciones expresadas ya sea en forma límpida o alusiva o sumergida en la gracia del misterio poético. Y he obtenido largas y largas páginas sentenciosas llenas de nociones activas y claras, iluminaciones, incitaciones. Cada verso es un ovillo para un psicólogo, un esteta o un filósofo. Me atrevo a relatar esto sin que yo crea en una estética racionalista, de escalpelo y desmenuzamiento anatómico, sino como prueba de que la poesía de Rosamel del Valle, a menudo considerada hermética e inextricable, es un universo zumbante, transparente, una verdadera mitología que vale tanto por sí como por la interpretación a que puede ser sometida, y cuya penetración, al precio de una fatiga que no deshace el encanto, nos permite apreciar zonas del espíritu humano que la poesía horada con su rayo fulmíneo.

Pero la obra de Rosamel del Valle no sólo nos entrega la máxima experiencia del ser y los más ocultos grados de la realidad humana, sino que también acentúa, de un modo vigoroso, las conquistas de nuestra época en el estilo poético. Algún día ha de estu-

diarse la densidad de su lenguaje. Entonces se comprobará su aporte a la reconstrucción de un verbo en que lo reprimido por largo tiempo adquiere nueva eficacia expresiva y en que las palabras vuelven otra vez a manar preñadas de su sentido originario. Al igual que a otros importantes poetas americanos podría el atildado historiador literario calificarlo de arcaizante. Rosamel del Valle ha contribuído con su obra al ahondamiento y fulgor del lenguaje poético español contaminado por marchitos residuos renacentistas y espesas floraciones retóricas. Le han valido para ello su saturación mágica, su calidad de hombre enraízado en un cuenco histórico en que fermentan infinitas posibilidades. El acceso a la naturaleza mítica del hombre, a la conciencia analógica más recóndita, lo realiza el poeta actual amalgamando estados psíquicos verdaderamente primitivos e inaugurales con productos de la inteligencia más vigilante y abstracta, fenómeno por demás común a muchos artistas de nuestro tiempo. La recuperación mítica del hombre actual a través del arte no significa regresión ni tumbo en abismos irracionales sino fortalecimiento de las raíces para la expansión de una nueva vitalidad creadora, solidaridad con el ser colectivo y receptividad para todo lo que trasciende la esfera de lo subjetivo. He afirmado esta idea después de mi visita a los talleres de cerámica de Picasso en Vallauris. No hay artista, y especialmente poeta, de cualquiera tendencia que sea, que no conserve en forma muy viva ligazones mágicas. Si los contenidos dogmáticos del espíritu dan paso a ritmos inhibidos e impacientes y si estos ritmos se someten a los anhelos expresivos del hombre actual enlazado a su instante histórico, las facultades del artista son espoleadas y no hay mengua sino plenitud. No se trata de un punto de llegada sino de un desenvolvimiento que alguna vez nos permitirá alcanzar los nuevos estilos que reflejen más vivamente los nuevos hombres.

Rosamel del Valle no es el poeta de mañana sino de hoy. Ningún poeta actual puede extremar su ambición temporal ni estirar hasta romper la raíz que lo prende a su época. De un hoy en que se opera un tránsito, uno de los más formidables de la historia hu-

mana. Veo a este gran poeta como un buzo palpando un fondo movedizo. Muy pocos se percatan de su jadeo submarino. Lo veo engendrando símbolos, asociando bellas y cargadas palabras, sufriendo y gozando con esa pequeña candela que tiembla entre sus manos, a veces un ojo fijo, a veces un fuego que se consume a sí mismo; pero siempre la poesía. Otros algún día verán aparecer en la superficie de las aguas algún coral desprendido; alguna huella de sangre. Nadie sabrá por qué ni quién ha estado allí debajo floreciendo a oscuras y, sin embargo, nada habrá sido en vano.—HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA.